

Fran Ortega

Judas

Domine Proditore in Inferno Damnatus

Fran Ortega

Judas

Domine Proditore in Inferno Damnatus

grado cero [a] narrativa

grado cero [a] narrativa

© Fran Ortega Estrella, 2006
© Grand Guignol, s. L., 2006

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz
Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 Grand Guignol
Ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: grandguignol@telefonica.net
www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:
ISBN: 84-934428-6-0
978-84-934428-6-6
Impreso en España

*A Christian, Sergio y Asier, esos tres
diablillos que me muestran día a día
el camino de la incondicionalidad.*

Todo lo que aquí te cuento bien pudiera ser
una falacia.

O no.

NOTA DEL AUTOR

En 1999, registré el primer borrador de este relato, que vio la luz bajo el título *A la sombra del olivo*. Los cientos de personas que lo leyeron entonces quedaron sorprendidas por la perspectiva que les ofrecía. Por eso, hace unas semanas, no me extrañó el aluvión de llamadas que recibí, cuando el *National Geographic* lanzó al mundo el documental sobre *El Evangelio de Judas*.

Mientras escribía esta historia, me preguntaba como es que en dos mil años, nadie (o casi nadie) se había planteado esta alternativa. Hoy me es grato descubrir que, enterrados en el tiempo, se hallaban unos manuscritos milenarios que daban fe de mis creencias. Ahora, es mi deseo compartir esta ficción, con la que no solo pretendo contar la que creo es la verdadera historia de Judas, sino afirmar algo mucho más osado...

Fran Ortega, abril de 2006

CAPÍTULO 1

El viajero desembarcó en el puerto de Tánger una madrugada destemplada y trémula. En sus ojos febriles brillaba un fuego ardiente que no podía ser solo producto de una mala travesía. Soportó conteniendo la impaciencia los tediosos trámites aduaneros y la rutinaria inspección a su escueta bolsa de viaje. Cuando finalmente salió de las instalaciones portuarias se precipitó a tomar un *petit taxi*, desoyendo la algarabía de un nutrido coro de muchachos que se ofrecían a guiarle a cambio de unos pocos dirham, aceptó sin regatear el precio excesivo de la carrera que le exigió el chofer y pidió ser conducido a la judería, situada en los alrededores del *Grand Socco*.

El taxi se detuvo a sus puertas, pues las calles estrechas e intrincadas impedían el paso del vehículo, y el viajero escuchó las confusas explicaciones del taxista que debían encaminar sus pasos hacia la Sinagoga. Cuando finalmente llegó ante la fachada del templo, el pequeño portal de madera claveteada se abrió con un chirrido sin necesidad de llamada. Un anciano le contempló en silencio apenas un instante.

—Pasa, hijo mío, te estábamos esperando.

—Busco al rabí Yihtzak ben Saf'rad —dijo sorprendido el viajero.

—Lo sé —repuso el anciano—. Desde temprano aguarda tu llegada con impaciencia.

Atravesaron un atrio columnado y, traspasando una puerta angosta, recorrieron un pasillo hasta llegar a una habitación cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. Frente a una amplia mesa adornada con la *menorah*, sentado en una butaca, se hallaba otro hombre aún más anciano. Su rostro de luengas barbas estaba surcado por mil arrugas, pero en sus ojos brillaba la luz de la inteligencia y la sabiduría.

—Siéntate ante mí, Rafael, hijo de Miguel y de Raquel, nieto de Slomo y de Judith. El tiempo es cumplido y has venido a mí como estaba escrito.

Cuando el viajero, horas después, volvió a tomar el ferry que le devolvería a la Península, una oscura nube parecía envolver su rostro abatido y desencajado. Su cruel destino había sido fijado de forma inexorable. Ante sí se extendían larguísimos años alejado de su mujer y de sus dos hijos, de todo aquello que amaba. El hombre que se acodó junto a la borda, contemplando cómo la bahía de Tánger se iba haciendo pequeña ante sus ojos, no era el mismo que aquella mañana viajara en sentido inverso, consumido por la impaciencia, rebelándose contra la situación. Ahora su suerte estaba echada y debía apurar el cáliz hasta las heces, cumplir la misión que el destino le había encomendado.

Partir a Tierra Santa.